

Nuevas capacidades  
para una nueva era

Eugenio Ravinet Muñoz

## Introducción

Los cambios en los procesos productivos, las innovaciones tecnológicas y las presiones sobre la competitividad demandan nuevas capacidades de la fuerza de trabajo. Por ello, la actualización permanente de capital humano del país y la formación para el trabajo, entendida esta última en un sentido más amplio que solo el aprendizaje y manejo de las nuevas tecnologías, vuelve a aparecer como una demanda asociada al desarrollo de habilidades personales, sociales e intelectuales necesarias para la rápida adaptabilidad a los cambios.

Para comprender cuáles son y cómo deberían desarrollarse las capacidades de las nuevas generaciones para enfrentar con éxito el mundo del trabajo, en primer lugar, es necesario aclarar cuántos son y qué características tienen los jóvenes que deberían desarrollar estas habilidades. En segundo lugar, también es importante reflexionar sobre los nuevos desafíos y las viejas necesidades que la sociedad en su conjunto tiene que enfrentar en el ámbito de la relación de los jóvenes con el mercado laboral.

## Características de los jóvenes del nuevo siglo

### 1. Cuántos son y cómo son

Según el último Censo, en Chile los jóvenes representan el 24% del total de la población. Son casi 3.674.239 personas entre 15 y 29 años. Si a eso se agrega a las personas de entre 0 y 15 años se tiene que casi el 50% del total de los chilenos son menores de 29 años.

Dado al gran peso demográfico que este segmento de la población representa, parece relevante responder a las siguientes interrogantes: ¿Cómo son estos jóvenes? ¿Cómo es esta nueva generación? ¿Tienen problemas para enfrentar este mundo incierto?

La generación de chilenos entre 15 y 29 años es la más instruida de nuestra historia. El país nunca tuvo jóvenes más preparados que estos: su promedio de escolaridad es de 11,1 años, en tanto que en este tramo etario

La generación de chilenos entre 15 y 29 años es la más instruida de nuestra historia. El país nunca tuvo jóvenes más preparados que estos: su promedio de escolaridad es de 11,1 años, en tanto que en este tramo etario la tasa de analfabetismo llega solo al 1,09.

la tasa de analfabetismo llega solo al 1,09. Esto contrasta con lo que sucedía en la época de los padres de estos jóvenes en la que solo 40.000 personas podían estudiar en la universidad. Una cifra que contrasta con el 32,7% de los jóvenes que hoy estudian en la educación superior. Es más, desde 1990 a la fecha esta matrícula ha crecido prácticamente tres veces pasando de 247.000 jóvenes a casi 600.000.

Los jóvenes que están insertos en los sistemas de educación media y superior, por su parte, llegan a 1.418.000, número que se traduce en que un 41,1% de este grupo estudia.

Por otra parte, la tasa de desempleo promedio es de 32,5% en el tramo 15-19 años y de 21,3% en el tramo 20-24. Mientras en el primer grupo la alta tasa de desempleo corresponde más bien a un problema del sistema escolar, el segundo grupo evidencia una constante del mercado laboral, donde prácticamente todos los países occidentales muestran un desempleo juvenil que es de 2 ó 3 veces superior al desempleo adulto.

Las posibles causas de este fenómeno pueden estar en la escasa flexibilidad laboral que existe, la poca costumbre de emplear jóvenes, la percepción de que no es muy rentable contratar un joven (debido a los costos asociados a su entrenamiento) y la reducida inclinación de los jóvenes a emplearse. Por otra parte, los bajos niveles de empleabilidad de nuestras nuevas generaciones también se asocian al hecho de que tienen aspiraciones desproporcionadas para sus primeros trabajos.

## 2. Sus compromisos, prácticas y preocupaciones

Esta realidad y algunas de estas circunstancias (en relación con otros segmentos etarios) han contribuido a que se incorporen nuevas preocupaciones y características a la agenda de las nuevas generaciones.

Más globales y menos partidarios (solo un 10% de esta nueva generación se identifica con algún partido político), los jóvenes de hoy son más participativos (el 70% de ellos participa o participó en alguna organización social) y más tolerantes frente a determinados temas como el divorcio, la demanda por libertades individuales o el uso de la píldora del día después. También son más demócratas –un 75% de este segmento de la población prefiere vivir bajo este sistema de gobierno que en otro, lo que representa un porcentaje sustancialmente mayor en comparación al mundo adulto–,

pese a que no “vivieron” la dictadura. Menos complicados, este grupo valora como ningún otro la autenticidad y la verdad, en tanto que no toleran el arribismo o las apariencias.

Si bien es cierto que muchísimos jóvenes están involucrados en actividades u organizaciones de carácter “social”, la juventud de hoy es más pragmática respecto a la visión que tienen sobre la etapa que viven. Tienen claro que esta época no es aún el tiempo de la vida para jugársela por ideales o por grandes causas. Incluso, tampoco creen que este sea un período para pasarlo bien. Por el contrario, un 30% de los jóvenes declara que la juventud es una época para construir su éxito en la vida, en tanto que un 46% de ellos considera que es un tiempo para tomar decisiones. Y la educación y el ganar experiencia aparecen como las principales herramientas para lograr este “éxito”.

Mucho más ocupados y preocupados de su futuro, el 80% de ellos cree que la educación y el trabajo duro son “las herramientas” que les ayudarán para tener éxito en lo que emprendan, contra una posición secundaria que pone a la suerte o los ‘pitutos’ como factores determinantes.

Esta nueva generación también es tremendamente optimista sobre aspectos fundamentales de sus vidas. Es así como más del 95% de ella cree que en el futuro será mejor o mucho mejor, otro dato que contrasta con nuestra tendencia nacional a hacer y a estar “más o menos”.

En consecuencia, los jóvenes de hoy son menos hedonistas e irresponsables de lo que el mundo adulto cree. Se abren a nuevos valores, pero sin extremar posiciones (la píldora del día después, el divorcio vincular y la convivencia) y tienen una tolerancia más desarrollada y amplia, aunque demuestran una tremenda intolerancia frente a las cosas que les son más desconocidas y les producen cierto grado de temor (inmigrantes, terrorismo y seguridad ciudadana, entre otros).

No obstante lo anterior, hay ciertas características que hablan de una generación que mantiene inalterables ciertos valores que *a priori* algún

(...) un 30% de los jóvenes declara que la juventud es una época para construir su éxito en la vida, en tanto que un 46% de ellos considera que es un tiempo para tomar decisiones. Y la educación y el ganar experiencia aparecen como las principales herramientas para lograr este “éxito”.

ignorante podría aventurar como perdidos en los jóvenes de hoy. Contrario a esta creencia, el 90% de ellos cree que la familia es una institución que no solo hay que cuidar sino que hay que mantener tal cual está constituida. La gran mayoría (85%), en tanto, cree que el matrimonio debe ser para toda la vida, situación que explica por qué los jóvenes de hoy no se casan. No porque no crean en él, sino por que es una decisión que la toman con la seriedad que esta amerita. De aquí que el temor de que se esté asistiendo al fin de la institución del matrimonio no sería tal. Más bien se estaría en presencia del nacimiento de una “institución intermedia” como es la convivencia, la que –bajo la perspectiva juvenil– implica un grado de compromiso, igual de importante, pero sin la ritualidad social que rodea al matrimonio.

Un aspecto importante a considerar es que una de las instituciones en la que más confían los jóvenes es la Iglesia Católica, una credibilidad que no ha disminuido a pesar de los escándalos que la han afectado, preferencia que a lo menos llama a reflexionar. El que las organizaciones sociales que concitan la mayor participación de las nuevas generaciones sean las vinculadas a la Iglesia (de todos los tipos y después de las deportivas) no deja de ser un síntoma de que ese divorcio que a veces se quiere ver entre la Iglesia y la juventud no parece ser tal en los hechos.

Por otra parte, la juventud actual sigue valorando el sistema educacional en su totalidad al cual califica con un 5,8 (de 1 a 7). Al parecer, esto no deja de representar un cierto afecto por el colegio, más que por las clases y la formación que este entrega. Serían los aspectos subjetivos de la vida escolar como son los amigos, la recreación y la pertenencia y la educación no formal, los que la juventud valoraría. En este contexto aparece otro dato que no es menor: los jóvenes confían antes que nadie en los profesores. Esto naturalmente no calza con la errada visión que se tiene de los jóvenes en constante choque con sus maestros y con el continuo ánimo de incendiar sus colegios, lo que no sería así, o por lo menos, sin los profesores dentro de ellos.

No deja de ser interesante la forma en que los jóvenes valoran sus espacios íntimos y los que comparten con su familia. Al mismo tiempo, a la hora de elegir qué hacer, las actividades relacionadas con este aspecto son las que más destacan. Así, “escuchar música”, “estar con mi familia”,

“compartir con amigos” y “quedarme en la casa” son las respuestas más frecuentes a la hora de averiguar qué hace la juventud en su tiempo libre.

Todas estas realidades se cruzan con la globalización, un fenómeno que conviene analizar, porque a los jóvenes les tocará vivir con él durante mucho tiempo. Por lo demás, el mundo globalizado es el contexto donde ellos se desarrollan y deben desplegar sus habilidades. Este fenómeno cruza sus circunstancias y su medio ambiente y este se expresa en su preocupación por lo mundial y su interés por lo local, lo que contrasta con la poca inquietud que demuestran frente a lo nacional.

Lo mismo se puede decir sobre la valoración de sus espacios íntimos o individuales, sin que eso se transforme en individualismo. Es así como a partir de este fenómeno puede decirse que existen dos tipos de jóvenes: los globalizadores, que se adaptan rápido a los cambios, que “surfean” en este mundo inseguro y que, de alguna forma, lo disfrutan, y los globalizados, que ven pasar la globalización y sus efectos por delante de ellos sin tener la más mínima oportunidad de “subirse” a los beneficios que este proceso les puede ofrecer.

(...) a partir de este fenómeno puede decirse que existen dos tipos de jóvenes: los globalizadores, que se adaptan rápido a los cambios, que “surfean” en este mundo inseguro y que, de alguna forma, lo disfrutan, y los globalizados, que ven pasar la globalización y sus efectos por delante de ellos sin tener la más mínima oportunidad de “subirse” a los beneficios que este proceso les puede ofrecer.

Puede decirse que el 80% de los jóvenes en Chile están en la primera categoría, en tanto que los demás se encuentran en una situación en la cual no les es posible visualizar su futuro con alguna esperanza, producto de lo cual caen en lo que se denomina la “*anomia juvenil*”, la consecuencia lógica a un estado de falta de oportunidades y de exclusión social combinado con un ambiente en el cual los medios les ofrecen solo cosas y estados que no pueden alcanzar desde su posición. Esto último daría para otro tema, entre otras cosas, porque las políticas o acciones públicas que se deberían tomar no tienen que ver con lo juvenil o con el hecho de que los beneficiarios sean jóvenes, sino más bien con la situación de exclusión y desamparo en la que se encuentran. Luego, los programas encaminados a solucionar este problema son de una especificidad que se presta para otra reflexión.

## Desafíos para las políticas públicas. Reflexiones finales

Vistos los párrafos anteriores y demás datos y hechos empíricamente comprobados que no alcanzan a aparecer en estas líneas por razones de espacio, llevan a concluir que los jóvenes como tales no serían un grupo vulnerable frente a esta sociedad del riesgo en que se vive. No son ellos los más afectados con las inseguridades que el devenir del mundo moderno acarrea. Por cierto que deben desenvolverse en un mundo más complejo, más rápido, menos privado, más comunicado y más competitivo que el que enfrentaron generaciones anteriores, pero esto no hace que los jóvenes, por el hecho de ser tales, sean más vulnerables que otros grupos etarios. Si se analiza esa vulnerabilidad desde el solo hecho de que pertenecen a ese tramo de edad, no parecen más carenciados que las personas de la tercera

Un permanente error en la formulación de las políticas públicas para los jóvenes, entre varios otros, ha sido la visión de este segmento de la población como un problema y no como una oportunidad, siempre carenciado o en desventaja. Los jóvenes debieran ser considerados como actores estratégicos del desarrollo más que como un grupo vulnerable.

edad o algún adulto maduro. Muy por el contrario, las nuevas generaciones son quienes tienen desarrolladas las habilidades naturales con las cuales pueden enfrentar de mejor manera una sociedad compleja como la de hoy y la que viene. Incluso en el caso de que no las tengan. ¿Cuánto cuesta hacer emprendedor a alguien que en su vida aspiró a trabajar siempre en un empleo dependiente? ¿Quiénes tienen una habilidad innata

para adaptarse a las nuevas tecnologías? ¿Quiénes no conocieron el Estado de bienestar y, en consecuencia, no lo extrañan, porque tienen asumidas ciertas condiciones que otras generaciones aun no asumen o recuerdan?

Un permanente error en la formulación de las políticas públicas para los jóvenes, entre varios otros, ha sido la visión de este segmento de la población como un problema y no como una oportunidad, siempre carenciado o en desventaja. Los jóvenes debieran ser considerados como actores estratégicos del desarrollo más que como un grupo vulnerable.

Todo el mundo coincide en que la diferencia entre los países desarrollados de los que no lo serán está dado por el capital humano que cada nación sea capaz de crear. Hoy ya parece un cliché hablar de que se está

pasando de la era del conocimiento a la era de la innovación. Pese a esto, no es mucho lo que se hace para que los niños y los jóvenes, que son quienes efectivamente van a vivirla en pleno, puedan aprender y desarrollar las capacidades que les serán necesarias para enfrentar su inserción laboral en ese contexto. Como se señaló con anterioridad, los jóvenes surfean por este mundo que a tantos les asusta, tal como a muchos les asusta surfear de verdad. En este contexto hay quienes se asustan de este mundo y creen que su deber es “proteger” a las nuevas generaciones, con lo cual se les hace un flaco favor a los jóvenes de hoy. El proceso de individuación (distinto de individualismo) ha llevado a que la juventud haya optado por un justo equilibrio o compatibilidad entre el desarrollo personal y sus espacios más íntimos, además de su interés por determinados temas públicos que dicen relación con lo social, pero sin anteponer esa preocupación colectiva a la persona considerada en lo individual. Esta nueva perspectiva abre una gran oportunidad de futuro para plantear nuestro desarrollo en los próximos años.

¿Qué medidas se debieran aplicar para desarrollar las capacidades que las nuevas generaciones necesitan en un mundo comunicado, virtual, globalizado, rápido e intenso? ¿En uno que no está exento de riesgos e inseguridades?

Primero, se requiere un sector público que “vea” a los jóvenes, no solo a la hora de contarlos sino que también al momento de llevar adelante sus programas y proyectos. Los jóvenes son personas distintas a otros potenciales beneficiarios del Estado y, en consecuencia, las políticas públicas que les afecten –en la dimensión propia de ellos– debe ser diferenciada. Una de las características de una política pública de juventud, quizá la principal, es que esta es transversal a todo el Estado. Por eso es más correcto hablar de políticas públicas de juventud, ya que cada sector debe levantar una acción especial hacia este segmento. Distinta, por ejemplo, es la capa-

(...) se requiere un sector público que “vea” a los jóvenes, no solo a la hora de contarlos sino que también al momento de llevar adelante sus programas y proyectos. Los jóvenes son personas distintas a otros potenciales beneficiarios del Estado y, en consecuencia, las políticas públicas que les afecten –en la dimensión propia de ellos– debe ser diferenciada.

citación que necesita un obrero con 5 ó 10 años de experiencia que la que necesita un joven que se encuentra en su primera experiencia laboral. De esta misma forma ocurre en cada sector del Estado. Así, para que esto sea eficiente, lo primero es poner a la juventud en el horizonte del quehacer estatal.

Segundo. Un sistema educacional que de cierta forma anula a las personas no es un sistema que esté preparando para el futuro. Es cierto que hay muchísimas causas y que se trabaja en ello, pero no se puede pensar que la democracia chilena se puede consolidar si la educación cívica desapareció de los colegios y cuando se piensa en reponerla solo se planea “pasar” los aspectos formales de ella. Junto con esto es imprescindible incluir materias como la formación de la personalidad, la formación de los ciudadanos, el cultivo del respeto a lo distinto y la capacidad de saber vivir y hacer comunidad. Estas son algunas de las cuestiones que debieran enseñarse a partir de la enseñanza básica y no en tercer medio.

Por otro lado, la excesiva formalidad que a veces se tiende a dar dentro del colegio termina por transformar a los jóvenes en meros receptores de las materias entregadas, sin brindarles el espacio o la oportunidad para que ellos también sean protagonistas de su propia educación. Hacerlo significaría adaptar la pedagogía a los medios y los códigos que los jóvenes comprenden y dejar de lado ideas como que el país se transforme en un país bilingüe, si esto se pretende hacer a partir de los mismos diálogos ridículos con los que se les enseñó a las pasadas generaciones de jóvenes a hablar inglés. ¿Alguien se ha preguntado por qué no les enseñan con las mismas canciones que escuchan y tratan de cantar en MTV? De eso se trata cuando se pide que los jóvenes participen un poco más de su educación. No de entregarles la administración de los colegios. Un ejemplo más: el año pasado el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) hizo un estudio sobre la deserción escolar. Hace tiempo se tenían los números (alrededor de cuántos eran y dónde estaban), pero nunca nadie les había preguntado por qué desertaban del colegio. Todo el mundo daba por hecho que las razones de carácter económico eran la principal causa. Hecho el estudio, las respuestas arrojaron la sorpresa: los jóvenes veían al colegio como un lugar aburrido y no lo consideraban útil para su futuro, en tanto que en un modesto 5º lugar quedaron las razones de tipo económico.

Aquí se debe tener presente que el modelo de escuela que nuestro país adoptó es uno en el que se tiende a hacer todo lo relacionado con el joven en el colegio, un modelo similar al norteamericano y distinto del alemán o el inglés. En el colegio se practica deporte, se hace cultura y se organizan actividades por grupos de interés. Esto obliga a que este sea un espacio más “compartido” que, por cierto, se transformará en un lugar que es más entretenido y por el que se tiene más afecto. De aquí que resulta vital que el colegio incorpore nuevas materias –ya sea de una manera formal o informal– que desarrollen habilidades como el emprendimiento, la innovación, la versatilidad e incluso la inteligencia emocional, aspectos que hoy están dejados a la suerte y se evidencian poco desarrollados en nuestro sistema educativo.

En tercer lugar aparece el acceso y el manejo de las nuevas Tecnologías de la Información y Comunicaciones (TICs). Este es un imperativo que hay que concretar a la brevedad si se quiere una generación que pueda llevar su futuro próximo con alguna posibilidad de inclusión social. En este ámbito, es muy importante romper la brecha digital que existe, en tanto que la alfabetización digital es un proceso que debe ser abordado con tanta trascendencia e intensidad como lo fue el proceso de alfabetización que hace décadas comprometió a todo el país y cuyos resultados perduran hasta el día de hoy. Sin embargo, no basta solo con enseñarles a “leer y escribir con un computador”. El país debe pasar de garantizar acceso a explorar nuevas formas de uso de las nuevas tecnologías. En otras palabras, no nos sirve de mucho si la juventud se queda solo a nivel de *chat* y correos electrónicos. Por el contrario, las nuevas generaciones deben descubrir las posibilidades de creación, de innovación y de desarrollo que la tecnología entrega y deben apropiarse de ellas desde un principio de modo de convivir con la tecnología y despertar así la curiosidad suficiente para que exploren las infinitas aplicaciones que esta tiene. En este sentido, los esfuerzos no solo deben provenir del sector público, sino que de todo el país en su conjunto. Esto, porque quien en 10 años más no maneje las TICs estará tan excluido como hoy lo está una persona que no sabe leer ni escribir. ¿Quiénes son entonces los que en forma prioritaria deben tener acceso a las nuevas tecnologías? Los niños y los jóvenes. Las TICs no van a ser una anécdota en sus vidas o algo suntuario en su desarrollo. Por el contrario, va

a ser una cuestión de vida o muerte el que se puedan manejar con esas habilidades en un nivel aceptable, y en este punto es que aun falta mucho por concretar o, por lo menos, de concretar en serio.

Cuarto. Hay que comenzar a valorar la educación no formal como una herramienta activa en la formación de las personas y, al mismo tiempo, entender que las políticas públicas de tiempo libre no son políticas públicas de segunda clase. La gran mayoría de las habilidades que las nuevas generaciones necesitan desarrollar las aprenden fuera de la educación formal y de las aulas (no necesariamente fuera del sistema escolar). Pese a esto, la educación no formal en nuestro país es tan desconocida como el arameo.

Hay que comenzar a valorar la educación no formal como una herramienta activa en la formación de las personas y, al mismo tiempo, entender que las políticas públicas de tiempo libre no son políticas públicas de segunda clase.

En este ámbito solo hay algunos datos básicos y un par de personas que pueden hablar del tema sin que se le tome la importancia y el peso que esto tiene en la formación de niños y jóvenes. Pese a esto, poco y nada se puede avanzar en esta área si no existe un reconocimiento de lo trascendente que es este tema y lo útil que

sería abordarlo en serio. Lógica consecuencia de lo anterior, es que no existe ninguna preocupación por una cuestión que es fundamental en la mayoría de los países desarrollados y que son las políticas públicas para el tiempo libre, instrumento que aborda aspectos que el sistema educacional tradicional no puede asumir o bien que se ve imposibilitado de concretar y “aterrizar” entre las distintas propuestas o contenidos que su formalidad le impide llevar a la práctica.

En quinto y último lugar aparece el alto desempleo de los jóvenes y este tiene distintas explicaciones. Algunas tienen que ver con cuestiones relativas a la marcha de la economía, otras están relacionadas con especificidades propias de quienes parten en el mundo laboral. Hay dos cosas referentes a este último aspecto que pueden ser mejoradas: la capacitación y los niveles de empleabilidad. Sobre la capacitación, urge reformar los contenidos y las formas con que ella se entrega, la cantidad de oficios inútiles que existen y, en consecuencia, de pérdida de tiempo que significa para un joven seguir sus cursos con los cuales lo único que ganan es una

falsa expectativa de su futuro laboral y la frustración que en el mediano plazo eso genera. Para que sea exitosa, la formación y/o la capacitación en las nuevas generaciones debe ser de tal especialidad que son muy pocas las alternativas que existen hoy día.

De aquí que la formación para el trabajo debe ser más flexible, amplia y “polifuncional”, a menos que se tenga la certeza de que el mercado requiere la capacitación de un oficio calificado de gran demanda (no se puede seguir capacitando a auxiliares de manipulación de alimentos como por ahí se ve).

Relacionado con lo anterior aparecen los bajos niveles de empleabilidad que tienen nuestros jóvenes (desde los profesionales hasta los menos calificados). Esto obliga a preguntarse si no será esta una materia que se debe abordar en forma separada y con mayor especialidad. Son muchos los aspectos que inciden en la obtención de un trabajo y en el desarrollo en el mercado laboral y resulta en extremo necesario tomar el desafío de mejorar los niveles de empleabilidad de la juventud con la seriedad que el tema amerita. En todos los niveles y en toda su amplitud acompañado de una flexibilidad laboral más extensa en el mundo juvenil, que, por una parte, compatibilice la posibilidad de tener trabajo con desarrollar otras actividades. Junto con esto, es importante hacer “atractivos” a los jóvenes para darles trabajo (bajar sus costos de contratación), al tiempo de que se les asegura el acceso a una capacitación útil y de largo plazo.

Son muchos los aspectos que inciden en la obtención de un trabajo y en el desarrollo en el mercado laboral y resulta en extremo necesario tomar el desafío de mejorar los niveles de empleabilidad de la juventud con la seriedad que el tema amerita.

En definitiva, hay que aprovechar las ventajas que los jóvenes y su mundo entregan y desde allí elaborar políticas públicas que los consideren como sujetos de tales y no como objetos de las mismas, teniendo como elemento esencial el hecho de que los jóvenes no son un grupo vulnerable por el solo hecho ser tales, sino que se trata de un grupo que se puede transformar en eje del desarrollo a través de políticas públicas serias, de largo plazo y que consideren su propio mundo. De esta forma hay que pasar de un Estado que evalúa su gestión desde lo que hace cada sector a uno que

califica su trabajo a partir de los receptores, o sea, de las personas que reciben esas políticas públicas. Así lo hace un Estado moderno (va más allá de los números). En este sentido, distinto es pasar la materia, que asegurase que los alumnos la entendieron. En una línea similar se deben enfocar nuestras políticas públicas de infancia y juventud. No tan solo entregar los elementos que se cree pueden ser necesarios, sino que preguntarse si esos elementos entregados son tales y cómo se los puede mejorar con los jóvenes como protagonistas de esas mejoras.

Fundamental en este aspecto es la voluntad política que exista para hacer esto, porque no es un trabajo fácil y no deja réditos en el corto plazo, lo que no significa que no sea necesario hacerlo.

## Autor

---



### Eugenio Ravinet Muñoz

Abogado de la Universidad de Chile. Diplomado en Ciencia Política, Instituto de Ciencia Política de la misma universidad. Fue asesor del ex Presidente de la República Patricio Aylwin y secretario ejecutivo del comité político de la campaña presidencial de Ricardo Lagos. Desde 2001 se desempeña como director del Instituto Nacional de la Juventud (INJUV). Es presidente de los Ministros de Juventud de Iberoamérica a través de la Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ).



© 2004 EXPANSIVA

La serie **en foco** recoge las investigaciones de EXPANSIVA que tienen por objeto promover un debate amplio sobre los temas fundamentales de la sociedad actual.

Este documento, cuya presente edición fue editada por Cony Kerber y contó con la colaboración de Uca Pérez, es parte de un proyecto de la Corporación que funcionó con el objetivo de promover ideas para frenar la inseguridad que afecta a los adultos mayores, las mujeres y los jóvenes. Esta iniciativa fue apoyada por la Fundación Ford y coordinada por Javier Couso.

Estos documentos, así como el quehacer de EXPANSIVA, pueden ser encontrados en [www.expansiva.cl](http://www.expansiva.cl).

Se autoriza su reproducción total o parcial siempre que su fuente sea citada.

